

fuego, ignorando el peligro, sacrificándose, en generoso arranque, por lo que cree luz. Jeanette continuaba sin responder á Carlos, interesada con los toreros, presenciando en el fondo del cuadro, los irisados cambiantes del cielo, confundirse vagamente con la azulada cima de la cordillera que se preparaba al sueño, envuelta en los girones de las nubes arremolinadas y cenicientas.

—Te pones tonto—exclamó Jeanette—y te tolero por cariño. No debes abusar, ni menos tratar de que yo cambie. Así he sido siempre y así seguiré siendo. Eres exigente como lo son todos los hombres; nada más que te olvidas de una cosa, que no te he aceptado por esposo ni he jurado obediencia pasiva á tus caprichos. Confórmate con lo que tienes y que á más de cuatro serviría de felicidad, y cuídalo. No lo gastes ni me canses.

Carlos creyó soñar, se sintió atontado, sin fuerzas para contestar; como cuando se recibe una mala noticia ó se sufre un gran golpe. Presentábasele Jeanette en toda su grosera desnudez de mujer materializada que se divierte con el amor, no experimentando nada nuevo, connaturalizada con el hecho de tener un amante, aunque hoy se llame de un modo y mañana de otro, creyendo encontrar en el último lo que le negaron los anteriores, ansiando descubrir un detalle desconocido que le vuelva el gusto al paladar del sentimiento, estragado por el abuso á que ha estado sujeto; prodigando buena

voluntad por que lo reciente le sepa á algo, y haciendo un gesto al convencerse de la uniformidad de acción, de lo desabrido del manjar y de la necesidad de querer disfrutarlo. Presentábasele muy semejante á esos viejos gastrónomos que recorren fondas y fondas, prueban de algunos platos, apelan á especias y licores fuertes, y se lamentan del mal servicio, del ningún esmero para complacer á la parroquia y del alarmante aumento de su propia inapetencia.

Y no vaciló; en vez de detener el coche, liquidar cuentas y despedirse como buenos amigos, sin recordar lo ocurrido,—nadie recuerda uno de tantos viajes que se hacen en el tranvía, parándolo en una esquina, pagando al conductor y abandonándolo cuando buenamente nos ocurre, cuando nos importuna un vecino, cuando el ruido nos molesta ó cuando nuestros negocios lo reclaman—le entró miedo de perderla, pensó en los buenos ratos á que tenía que renunciar, en la tibieza de la alcoba, en la voluptuosidad de la hembra; legiones de recuerdos fueron á reprender su inadvertencia, llevando todavía el perfume acre del lecho en los momentos de agradable cansancio, y la atrajo cariñosamente, concediéndole la razón, retirando su regaño, culpándose á sí mismo, contrito y apasionado.

—Lo perdonaba, verdad? No volvería á hacerlo, se lo prometía! Jeanette prolongaba el martirio, refinaba el tormento, y si lo hacía otra vez?—Nun-

ca, nunca, se lo juraba; demasiado que se arrepentía del mal rato que la había dado. Para convencerla de la firmeza de sus propósitos, púsose á hablarle del beneficio que se hallaba próximo, en esa misma semana, y se mostró interesadísimo, indicando cuáles familias se conforman con pagar el importe únicamente, cuáles aumentan por vanidad ó por desahogo y cuáles rechazan los billetes. Discutieron juntos el delicado asunto de la dedicatoria, se vacilaba entre los miembros del gabinete, preparaban un positivo golpe de estado; y en nada quedaron, irresolutos y vacilantes, particularmente ella, que no sabía qué partido tomar. Se separaron totalmente reconciliados en la puerta del hotel y despachó Carlos el coche. Estaban citados para después de la función, serían muy formalitos, sin locuras como en la última cita; irían á tomar algo y luego á dormir.

Carlos al día siguiente, de codos sobre su pupitre, lidiando con sus números, vióse atacado por la idea que derrotó una vez. Desolábalo verse en ese grado de ruina, su moral tan atrincherada de principios, tan rodeada de defensores no parecía, había emprendido un viaje del que no sería remoto que regresara incompleta. La buscaba á cada instante aflictivo, la requería á cada momento supremo, y nada, imitando á los infantes de Aragón.

¿Quién diablos daría razón de una moral desterrada á puñadas y que se refugia, para curar sus

descalabros, en el más ignorado hueco que halla vacío á su paso? ¿Pues no le volvían á él, un hombre de principios pletóricos de salud, las tentaciones de los tres golpes en una casa de juego, para ver de aumentar sus economías, no en tan buena salud como sus principios? Pero también, qué hacer? Liado, y lo que era peor, adorando á una vorágine veleidosa, metalizada y hechicera, de dónde sacaba dinero para hacer frente, siquiera al primer sablazo, que debía andar próximo, inevitable, certero? Sus actuales economías daban risa; en efecto, reflexionando seriamente, qué podía hacer con unos tres mil pesos mal contados por más que su fuerte fuera la aritmética? El obsequio para el beneficio y se acabó, pero y después? Ahí estaba el busilis, en ese después que se levantaba decidido á atajarle el paso; un después que precisaba coechar. Y como quien no quiere la cosa, se acercó á uno de los empleados que disfrutaba de fama de perdido por su mal vestir, aunque él juraba que lo debía á la cortedad de su sueldo. Con bromas, reprochándole su irregular comportamiento, sacó en claro la dirección del garito, que el otro aseguraba saber por díceres de amigos; en el portal, junto a un café de segundo orden, y le indicó el número bajando la voz, chocándole la curiosidad de Carlos, al que ni en pesadilla sospechaba capaz de lanzarse á la lectura del terrible libro de las cuarenta hojas.

Desde que supo Carlos la dirección exacta, per-

dió el aplomo, suponiendo que todo el mundo adivinaba sus designios con sólo mirarlo á la cara; quemábalo como hierro ardiente la imagen de una cosa semejante. Al menos, antes, viviendo en completa ignorancia de donde se encontraban, podía desechar las malas tentaciones, huir el bulto; pero ahora, nó; sentíase cogido, sin poder moverse, con traidora red entorpeciendo su voluntad y fabricada por él mismo. Las palabras del empleado libertino lo acechaban, montábansele en el cuello oprimiéndole la garganta, le congestionaban el cerebro: «en el portal, junto á un café de segundo orden.» Pidió al cajero sus ahorros, amasados á costa de tantas privaciones, representantes de ignorados y heroicos sacrificios, asilo de sus deseos y fortaleza de sus ambiciones, cayendo desmoronada al primer golpe de pica que le infería una mujer, después de haber resistido mucho tiempo á los insinuantes asedios de su señor y dueño. Hubo su sorpresa como era natural, ¿estaba de boda ó de donación?; y él, rojo de vergüenza y de presentimientos funestos, procuraba sonreirse, borrar con su actitud lo repentino del cobro; un compromiso inevitable, un préstamo exigido por persona á la que nada podía negar, pero de solvencia notoria, eso sí; asunto de unos cuantos días, un mes á lo más, y los depositaría de nuevo en la casa.

Según observación del propio cajero, muy ducho en esos negocios, temblábale el pulso á Carlos de

una manera poco tranquilizadora, al firmar el recibo.

Pero se los dieron y se los dieron sin titubear, que al fin y al cabo, suyos y muy suyos eran; podía hacer lo que mejor le cuadrara, sin que nadie tuviera el derecho de importunarle con consejos, de exigirle cuentas ó de recomendarle negocios gananciosos. Ya se sabría en qué los invertía, y se despidieron como siempre, con unas «buenas noches» indiferentes y roncadas, sin darse la mano, como se despiden los que se hallan obligados á tratarse diariamente.

Carlos tenía fiebre, le molestaba el fajo de billetes comprimidos en la bolsa del saco, para disminuirlos de volumen. Tocando el bulto, no le parecían despreciables; aquello era una fortunita que bien manejada rendiría, pues no había de rendir. Qué insensatez ir á exponerla á los azares de un albur! Mientras más empeño tenía en detenerse, más violentaba su marcha, involuntariamente, impelido por una fuerza extraña é irresistible, atropellando transeuntes, empleando rodeos, caminando á veces por en medio del arroyo, con grave riesgo de resbalar en el adoquinado ó de que lo aplastara un carruaje; sin atender á gritos ni reparar perjuicios, disparado, sin conciencia de sus actos. Cuando menos se lo esperaba, se encontró en la puerta de la casa; palpaba la exactitud de los informes; «en el portal, junto á un café de segundo orden»; con avanzar un pie, franquearía el dintel, y sin embargo, no

lo avanzaba, enclavado en el piso, mirando sin ver, al través de la espesa nube de humo que hacía estremecer la llama del quinqué del cafetín, la inmensidad de consumidores que lo llenaba; personas voluntariosas en su mandar, golpeando las mesas, hablándose de un extremo á otro del cuarto, tirando del delantal al único camarero que cruzaba veloz, con una bandeja recargada de vasos empañados y de panecillos, levantándola por encima de su cabeza, para salvarla de un estruendoso fracaso.

Acercósele un caballero lleno de reservas y de misterios. «¿Por qué no pasaba adelante á divertirse un rato? Era una casa seria, frecuentada por personas decentes.»

—¿Qué dice Ud.?, exclamó Carlos contrariado visiblemente.

Y el otro repitió su invitación sin amedrentarse por la agria acogida, habituado a los malos tratamientos, cumpliendo con su ingrato oficio: atraer desesperados y decidir á cándidos.

—Ah, sí; dijo Carlos y pasó el dintel, como quien se tira de un balcón á la calle, cerrando los ojos y admirándose de encontrarse vivo en la última meseta de la escalera.

Lo atraía un sonido argentino y delicioso, que no puede confundirse á ningún otro, el que producen las monedas en su mutuo contacto y que halaga el tímpano, pareciendo una caricia delicada de la fortuna, al brindar sus tesoros de promesas. Le azoró

el silencio que reinaba en la estancia; resistíase á creer que tanta gente reunida pudiera conducirse con esa sobriedad.

Había algo del recogimiento del creyente y mucho del mutismo del ajusticiado al marchar para el patíbulo.

La pieza, larga y desmantelada, tenía en el centro una gran mesa tapizada de verde, el clásico tapete restirado á fuerza de clavos, medio raído en los bordes por el roce continuo de los codos de los jugadores, rodeada de sillas de paja de igual altura, exceptuando las de los talladores y las de los *croupiers*, que se alzaban algunas pulgadas del general nivel. Pendían del techo tres lámparas equidistantes, de la misma forma que las del ensayo en el teatro, con reverberos de metal pintado de blanco, imitando embudos. Cuando por poco pierde el sentido, cuando experimentó un vértigo, fué al contemplar los apilados montones de plata y de oro que descansaban relucientes, tentadores, magníficos, al alcance de la mano, delante del encargado principal. Y rodeando la mesa, echados los de atrás sobre los que ocupaban los asientos, abriéndose camino á empellones, sin consideraciones ni educación, veíanse barbas canosas y descuidadas, pómulos salientes, ojos ávidos, muecas desesperantes, jóvenes demacrados, semblantes ceñudos, sombreros apabullados, dedos nerviosos jugando distraídamente con el dinero. Se adivinaba el peligro en ese hervidero

de pasiones mal contenidas, daban ganas, al aproximarse, de botar el cigarrillo y de moverse apenas, usando de la precaución que se emplea cerca de una caldera en artículo de muerte ó de un depósito de materias explosivas.

Entristecía notar el contento del que gana y el desconsuelo del que pierde.

Decididamente se retiraba, aquello le hacía mal, prescindía con gusto de Jeanette y de todas las mujeres habidas y por haber, si para obtenerlas había que apelar á esa clase de recursos; pero al volverse á duras penas, para emprender la marcha, se estrelló ante una barricada humana que le cerraba el paso, que lo cercaba sin misericordia, obligándolo á no salir, á llegar hasta el fin, á apurar un tormento. Amedrentábale la impasible cara de los talladores y de los *croupiers*, cobrando y pagando con entera calma; y cada vez que escuchaba el ruido estridente y seco que producían los naipes al resbalar, sentía un temblor recorrerle el cuerpo. De tiempo en tiempo oía cosas que no entendía, "camonina de oros, cinco," "as y tres," "basto, copa" "¿corre?" "puede." Y siempre lo mismo, una tregua fugaz en que se palpaban los resultados prósperos y adversos del albur, y uno más, y otro, y otros muchos, sin trazas de concluir, una situación interminable y monótona. Carlos estrujaba impaciente un billete de mil pesos, indeciso y timorato, después de haber acertado varios golpes mentalmente;

hasta que se decidió, y alargando el brazo, dejó caer sobre una carta, la que le simpatizó, sin preferencias ni reglas, riendo para sus adentros de los que apuntaban en un cuaderno las cartas salidas y perdían apuesta tras apuesta, á pesar de su ciencia. Causó sensación, el tallador en turno le inclinó la cabeza, con todo el respeto que se merece un adversario de intenciones incógnitas, hízole seña de que se acercara, y levantando á un jugador modesto que se hallaba á su lado, le ofreció asiento.

Carlos escuchó de nuevo, en esta ocasión con el alma en un hilo, el consabido interrogatorio: ¿Corre? Puede, contestaron los *croupiers*, y á las cinco cartas llegó la contraria, un caballo de copas sonriente y despintado con la moraleja impresa entre las pezuñas:

—"Ahí va."

Carlos se quedó extático, en menos de un minuto había perdido mil pesos: corrióle un sudor frío, latiéronle las sienes y le entró rabia por desquitarse; ya no quería ganar, daríase de santos con rehacerse. Un segundo billete de igual valor partió en busca de su cautivo compañero; luchó y luchó como valiente y denodado, había instantes en que parecía enseñorearse del triunfo, libraba una acción y regresaba íntegro á regocijarse con Carlos, á prodigarle esperanzas y buenas noticias. En uno de tantos viajes desapareció, no se supo más de él, pereció en la demanda, víctima de hidrófobo rey de

espadas. Empeoraba la situación, ya no era uno el muerto sino dos, y en su afán por rescatarlos, perdió Carlos cuanto llevaba, sus ahorros y el dinero de bolsillo, quedando literalmente sin un solo centavo, con tentaciones de entraparse, de pedir prestado á cualquiera, al tallador ó á otro, aunque no los conociera, aunque lo desairaran; con tentaciones de armar camorra, de clamar justicia; todavía le resonaba la notificación de su ruina dicha con voz gangosa y fatigada:

—¡Sota, segunda, moza!

Entonces el tallador le sopló al oído, como confesor que escudriña la conciencia del penitente, recomendándole que recapacite y registre con esmero para evitar un olvido trascendental:

—¿No tiene Ud. más fondos?

—Nó, repuso Carlos, entendiendo la indirecta. Se levantó de allí tambaleándose, sin encontrar la puerta, bajando la escalera con dificultad, dando traspiés cual si estuviera beodo, y al toparse con el vejete que lo había instado á penetrar, le cegó la ira y le gritó colérico:

—Váyase Ud. al diablo!

VI.

Resolvió no comunicar nada á Jeannete; preveía una ingratitud y prefirió devorar á solas su amargura. Lo acaecido era de lamentarse, pero no irre-

mediable; acontece tan frecuentemente! Todo se reducía á comenzar de nuevo sus economías, que la experiencia se adquiere á golpes, y á enviar un ramillete á Jeanette, en lugar del obsequio que pensaba hacerle. Por la primera vez de su vida pidió un anticipo en la oficina, para tabaco y gastos mensuales, destinando la mayor parte al ramo de la cómica, formado á su gusto, trabajado con flores escogidas por él mismo, camelias y gardenias envueltas entre violetas, última manifestación de sus extinguidos recursos; aromada careta de su destrucción pecuniaria.

La noche del beneficio, el teatro estaba de gala, colgado de cortinas, de guirnaldas y festón, de banderas mexicanas y francesas; aumentado el número de focos de luz eléctrica, y en el pórtico, una banda militar, atrayendo nubes de curiosos estacionados en la acera, multiplicaba los alicientes. Cómo sufrió Carlos con cada salva de atronadores aplausos que interrumpían el canto de la diva, con la lluvia de flores que inundaba el escenario, hasta con unas cuantas palomas que cayeron revoloteando, deslumbradas con la luz y atemorizadas con el ruido. Sucediáanse los regalos uno tras otro, llevados por los comparsas en trajes de fantasía, pelucas empolvadas que hacían resaltar lo obscuro del rostro, grandes casacones con bordados ennegrecidos y guantes de punto. Se suprimían los nombres de los admiradores galantes, mostrábase úni-

F. GAMBOA.

camente el brillo de las piedras y el terciopelo de los estuches; era un desfile incesante, entrando por una puerta y saliendo por otra, para aparecer de nuevo con los mismos objetos y hacer creer en una existencia exagerada de donadores. Ofrecieronle dos coronas de laurel artificial con vistosas inscripciones impresas en las cintas tricolores, y versos, arrojados de la galería, con alabanzas sin cuento, halagadoras é inverosímiles comparaciones y atentados impunes contra la métrica. Vióse precisada la orquesta á repetir la diana, pedida á voces por los espectadores entusiastas. Llególe su turno al ramillete de Carlos, que lo reconoció hundiéndose en la butaca y avergonzado de lo que desmerecía junto á los demás en forma de cojines, de pirámides, de estrellas, verdaderas preciosidades de jardinería, penúltima palabra de la floricultura. Estaba seguro de que ni lo miraría, y así fué en efecto; lo tomó unos instantes y sin olerlo, sin desprender una flor, lo dejó en un mueble para conservar entre las manos los más vistosos.

Hubo un detalle, que hizo reir mucho á la concurrencia; una de las palomas, sin fuerza ya para llegar á la escena, se posó temblorosa y agitada sobre la enorme calva de un individuo. Hasta Jeanette tuvo que volver la espalda al público, ignorándose si lo hizo para lucir la desnudez de los hombros ó para ocultar su risa. Pero el individuo, que no parecía ahogarse en tan poca agua, tomó

DEL NATURAL.

la paloma, le compuso el plumaje, y atravesando toda la sala, fué á entregársela personalmente á un músico, que la pasó á la diva. Lo aplaudieron también á él, se oyeron gritos de "bravo," "que se la den," no se cortó sin embargo, saludó grotescamente y regresó á su sitio. Aclaróse á poco, que era un artista dramático sin contrata, y siguió la representación.

En el entreacto, se acercó Carlos al foro, no enteramente decidido á hacer una visita de felicitación á Jeanette. Contaba con felicitarla después, cuando se hallaran á solas en el hotel, huyendo de la reunión que se verificaría en el cuarto, donde sin duda estarían los conocidos de la cómica, diciendo y haciendo todas las tonterías propias del caso. Se asomaba por curiosidad y escuchó en efecto murmullos de conversaciones y ecos de taponazos, bebíase por la ventura de Mlle. Massé, rodeada de su corte, sin inquietarse del ausente, sin recordar al enamorado que rondaba tristemente aguzando el oído, como pretendiente de ministerio ó mendigo de amor, escudándose tras de los bastidores, evitando las ocasiones de que lo descubriera el mayordomo, muy atareado por conseguir más copas para los *diletanti*.

Tan ensimismado se hallaba, que ni siquiera paró mientes en una coristilla de semblante agraciado que se arreglaba una liga con el desembarazo

que emplean las mujeres, á solas en su tocador, ó cuando han perdido la vergüenza.

Escocíale la idea de que a una distancia cortísima, Jeanette, á quien sobran motivos para recordarlo, no le consagraba el menor pensamiento; que tal vez á esa hora, ni lo reconocería, como si nunca lo hubiera visto, una página más en sus impresiones de viaje; una vaga reminiscencia de una pasión rápida y tempestuosa, que la haría sonreír melancólicamente en su ancianidad; cuando sujetara á formación la pálida fisonomía de las víctimas que fueron; cuando recorriera, con el cansancio de los años, las marchitadas hojas de ese álbum eterno que se llama memoria; el primero la hizo llorar, la prostituyó, la lanzó al mundo; ese otro humilde, aquel altivo y ella, ya descorazonada y escéptica, se compadecería de algunos, toleraría á los otros y odiaba á los más por hombres, por bestiales, por prosaicos; que la haría sonreír cuando en el invierno de su vida, apelara al eficaz remedio de vivir la existencia dulcísima del pasado, entonces Carlos tendría su lugar, se codearía con una infinidad alarmante de rivales, muertos todos con diversas clases de muerte, desde la matrimonial hasta la material.

Y no se conformaba con un coloquio dejado para un futuro lejano é incierto; necesitaba de Jeanette entonces, en ese momento, habiendo probado apenas la voluptuosidad, servida por mano experta, y anhelando probarla más y más, hasta que le

hastiará, hasta que le inspirara invencible repugnancia. No se resignaba con el abandono y con el olvido.

Si para ella el asunto no había pasado de una impresión de más, para él significaba lo contrario, significaba una momentánea espera en la antecámara de la felicidad.

Fué la salida un tumulto; todo el mundo se detuvo en el pórtico para rendir el postrer homenaje á la beneficiada diva. Carlos no quiso quedarse, y se lanzó á la calle; iría á esperarla frente al hotel, á aprovecharse del instante en que la dejaran en la puerta para presentársele, para rogar que le dispensara la pequeñez del obsequio. Confesaríale la verdad, y quién sabe, esas mujeres tienen luego arranques generosos; la conmoviera con lo patético de la narración; se afanzarían sus relaciones, valorizaría ella su sacrificio, lo premiaría otorgándole una hospitalidad que tan cara le costaba. Contrarióle una llovizna menuda é insistente que le hacía temblar; apretó el paso y se guareció en un zaguán cerrado, frente por frente de la entrada del hotel y del salón de billares, que arrojaba al humedecido arroyo, cataratas de luz, oyéndose distintamente el choque de las bolas. Reprendíase con dureza su olvido del paraguas y contaba los minutos con impaciencia devoradora.

Por fin, en el extremo de la calle, apareció un carruaje escoltado por los pilluelos revendedores,

F. GAMBOA.

aprovechando siempre la menor oportunidad de contrariar á los gendarmes y de molestar al vecindario, gritando «vivas» y deseando muertes, silbando desaforados y pisando charcos para ensuciar á los trauseuntes. Plegóse Carlos lo más que pudo para no ser visto y se volvió ojos; bajó el mayordomo del pescante, esperó a la camarista y se marcharon ambos, muy bien educados, sin fiscalizar a su señora. Siguió ésta, y por último, un individuo que Carlos reconoció sin esfuerzo: el antiguo propietario de Fly.

Iba á provocarlo, bebiéndose las amargas lágrimas que le hacía derramar el despecho, pero felizmente se contuvo. Era la última, armar un escándalo; lo expulsarían del destino y sin economías ni crédito lo ahogaría la miseria.

Y bruscamente, calado hasta los huesos por la lluvia, sufriendo de una manera indecible, se puso á tararear un trozo de música—también de dolor se canta—que recordaba haber oído en alguna parte.

—Ya lo creo, exclamó, eso es. “Si lo supiera mi mamá?”

Repetía inconscientemente, las intencionadas coplas de Mimí.

¡VENDIA GERILLOS!

I.

¡Soñaba!

Soñaba encontrarse en un baño de agua fría, al aire libre, que lo hacía temblar con sus caricias. No podía nadar, y sentíase adolorido por la dureza del estanque. Iba á perecer; el agua, que había estado humedeciéndole las manos, suavemente, con dulzura, á intervalos, le llegaba ya á los ojos, después de haberle hecho cosquillas en la nariz y en la boca. Intentó el último esfuerzo, extendió el brazo y afianzado en la orilla salvadora..... despertó. Su perro *Turco*, agitando la cola y corriendo de un lado á otro, ladraba con estrépito, permitiéndose de vez en cuando alargar la pata hasta la altura de la cara de su amo, que soñoliento todavía, lo dejaba hacer, sonriéndole con cariño. Se esperezó, comprendiendo que la lengua de *Turco* acababa de representar el papel del agua que lo ahogaba, y aban-